

LITERATURA POPULAR Y LECTURA: CONSIDERACIONES EN TORNO AL ROMANCERO GRANADINO DE TRANSMISIÓN ORAL

Antonio Romero López
Universidad de Granada

*Mis romances no emanan de las heroicas gestas,
sino del pueblo que las compuso
y de la tierra donde se cantaron.*

A. Machado

El interés por la literatura popular como arte del pueblo y exponente de su voz auténtica, se redescubre con la aparición de la concepción romántica alemana y de su teoría sobre el alma única e individual de cada pueblo. Tal interés, no solamente influyó con fuerza en la visión de España de escritores como Ganimet, Unamuno, Azorín o Antonio Machado, sino que surgió la moda del coleccionismo de lo popular y de escribir imitando el estilo popular.

Ocurre que el pueblo, aun haciendo suya y popularizando la obra culta de cualquier autor consagrado, no suele alterarla con su difusión y es fiel a su reproducción original; sin embargo, la literatura que el pueblo considera propia por pertenecer a su tradición, queda sometida a los vaivenes de la imaginación y del ingenio y a las necesidades expresivas de la colectividad autónoma autora de sus variantes, siendo por tanto y esencialmente su carácter oral lo que aglutina a toda la denominada poesía popular.

En cuanto al romancero tradicional, podríamos decir que a esta manifestación literaria le conviene en primer lugar el adjetivo “popular” porque es una poesía hecha y cantada por y para el pueblo, y, por tanto, vida y expresión del pueblo que la usa. Estas composiciones populares ya tienen, además, una vida, han rodado y se han ido depurando como los cantos rodados con una vida más o menos larga y más o menos viajera, y sus letras y sus melodías han sido aprendidas, cantadas, recordadas, recreadas y traspasadas, y siguen viviendo por tradición oral.

Cuando aquí se habla de pueblo, hay que entenderlo en su acepción más amplia y noble, acepción que integra desde la pequeña burguesía local hasta el mendigo, y desde los niños hasta los ancianos. Y hay que entender, asimismo, que es la literatura popular la que *transmite* a niños y jóvenes la experiencia adulta de generaciones y generaciones incorporada al lenguaje, introduciéndolos en la palabra, en el juego lingüístico y en la belleza de la expresión propios de la cultura de la colectividad en la que se encuentran inmersos.

Así decía Antonio Machado y Álvarez en relación con el romancero de transmisión oral: “¿Queréis conocer la historia de un pueblo? Ved sus romances. ¿Aspiráis a saber de lo que es capaz? Estudiad sus cantares. Esta tradición continuada en nuestro país por poetas cultos como Lorca, Alberti o Gerardo Diego..., que han sabido beber en estas riquísimas fuentes populares, ha sido y seguirá siendo también una tradición valiosa para la educación literaria de los escolares, tradición pedagógica que con tanto acierto defiende Unamuno, quien consideró los textos literarios populares como los más idóneos para iniciar los primeros contactos del niño con la literatura y con

la vida misma.

Si el valor del discurso literario estriba en su capacidad para crear mundos distintos al mundo empírico, en los que del aquí se pasa al allá, de lo real a lo imaginario, de la cotidianeidad a lo extraordinario, de lo instrumental y utilitario al juego de la ficción y de la libre imaginación, tal valor lo poseen tanto la literatura culta como la popular, y tanto la que responde a las concepciones del canon más tradicional como la que se ajusta a nuevas concepciones del canon literario.

Cuando niños y niñas llegan a la escuela llevan consigo unos conocimientos previos derivados de su contacto directo con la literatura de transmisión oral. La poesía ha acompañado al niño desde su nacimiento y a través de su desarrollo: las nanas, las retahílas rimadas, los juegos de echar a suertes, de jugar a prendas, de saltar a la comba..., los romances, las cancioncillas populares de corro y rueda, las adivinanzas... y los refranes nos ponen de manifiesto que la educación literaria se empieza a recibir a tan temprana edad. Y es la escuela la encargada de continuar, potenciar y desarrollar esta educación literaria a través del acercamiento de los alumnos al texto literario para su comprensión, interpretación y disfrute.

Precisamente pensando en el valor de la literatura popular y en su enorme potencial didáctico, hace ya más de una década que el grupo de investigación “Sociolingüística Infantil Andaluza” del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Granada, viene trabajando en la recopilación del folclore infantil de Granada. Y como resultado de este trabajo se ha podido editar en el Servicio de Publicaciones de la misma Universidad una colección sobre *Folclore granadino*, que se inicia en 1990 con la aparición del *Romancero granadino de tradición oral. Primera flor*, obra en la que se recogen 54 romances espigados entre una gran colección conseguida en los más numerosos y variados lugares de la provincia. Estos romances, además de por su tradicionalidad, estaban avalados por su correspondiente número en el *Catálogo General de Romances* de la Fundación Menéndez Pidal, dirigida por Diego Catalán.

En esta publicación ya se anunciaba una *Segunda Flor*, que aparece en 1995. Aunque gran número de los romances contenidos en la misma no tienen referencia en el *Catálogo General de Romances*, sí mantienen las mismas características que siempre tuvo el romancero, y muestra, además, la existencia de esa gran tradición romancística de la provincia de Granada, provincia que, por otra parte, no ha sido la más afortunada de las andaluzas en la recolección de romances, pues mientras que en Sevilla no ha cesado el interés por la recopilación y el estudio del folclore andaluz de la Baja Andalucía, no ha ocurrido así en nuestra tierra. La recogida de romances en Granada comenzó con la llegada de Gloria Giner de los Ríos a esta ciudad, quien, como discípula del gran maestro Menéndez Pidal e investigadora del Centro de Estudios Históricos, recorre, entre otros lugares, el barrio granadino del Albaicín, tal como en su día lo hiciera el propio Pidal acompañado del poeta granadino García Lorca.

Con posterioridad, los miembros del Seminario Menéndez Pidal han realizado encuestas en las Sierras de Cazorla y Segura, que comprenden parte de la provincia de Granada, pero no han sido publicados los resultados. En 1982, Francisco Mendoza recogió en París nueve versiones de romances correspondientes a distintas localidades granadinas; pero es Juan Martínez Ruiz quien recoge en 1958 la mayor colección de romances de la provincia de Granada, pero de los 55 romances de nuestra *Primera flor*, 33 no están recogidos en la colección de Juan Martínez. Posteriormente, el profesor Alvar recoge, en un magnífico estudio de 1971 sobre el *Romancero tradicional*, las versiones granadinas de J. Martínez y de otros discípulos que desde 1948 a 1968

habían trabajado en la búsqueda de romances en Granada y en toda Andalucía Oriental. A partir del conocimiento de estos estudios, se puede afirmar que los romances de los que no tenemos noticia de que con anterioridad a nuestro trabajo hayan sido recogidos en Granada son 31, que van desde el de “Agustinita y Redondo” al de “Las tres cautivas”, romances, como los demás, conocidos en otros muchos lugares de nuestra geografía peninsular pero que no se habían documentado en Granada

No cabe la menor duda de que en las distintas recopilaciones aquí reseñadas, incluida nuestra *Primera Flor*, se han recogido los romances más bellos, los más profundamente incorporados a la corriente tradicional, los de indiscutible prosapia. Veamos si no, tres de las distintas versiones recopiladas del romance de “El prisionero”.

a) Versión del pueblo de Cónchar:

*Que por mayo era por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor.
Yo triste y cautivo
vivo en prisión,
que ni sé cuando es de día
ni cuando las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un ballestero,
dele Dios mal galardón.*

b) Versión de Granada capital:

*Mes de mayo, mes de mayo,
cuando las recias calores,
cuando los toros son bravos,
los caballos corredores.
Cuando la cebada engrana
y los trigos toman colores.
Cuando los enamorados
regalan a sus amores:
unos les regalan lirios
y otros les regalan flores.*

c) Versión del pueblo de La Zubia:

*De edad de catorce años,
que era la flor de mi vida,
y aquí me encuentro en la cárcel
por bonita y perseguida.*

*Una tarde de verano
con otra lo he visto andar,
con un puñal de dos filos
la muerte le quise dar.
En este lugar metida
sin sentir los coches rodar,
sin saber cuándo es de día,
sin saber cuándo es de noche,
sólo por un pajarito
que habitaba allá en la torre,
que cuando es de día canta,
cuando es de noche se esconde.
Pajarito, tú que vuelas
por encima de la Audiencia,
dime si has oído leer
el papel de mi sentencia.
-No, señora, no le he oído,
ni tampoco sé qué es.
-Es un delito muy grande
por haber matado a un hombre
por dejar a una mujer.*

Otros romances recopilados en Granada, como la mayoría de los que aparecen en nuestra *Segunda flor*, constituyen un intento de recoger esas últimas muestras de vitalidad del romancero con las que se pretende dar a conocer romances que cantan hechos recientes o que tienen temas exclusivamente granadinos, y narran acontecimientos concretos que no han pasado de ser conocidos más allá de los límites de Andalucía Oriental.

Se trata, por lo general, de romances de escaso valor literario y ninguna significación en lo nacional, pero que pueden mostrar la continuidad del romancero en Granada hasta los tiempos más recientes. Estos romances, no obstante, tienen las mismas características que siempre tuvo el romancero: son “poesía noticiera”, como la llamara el profesor Alvar; son cultos y populares a la vez, como siempre ha sido el romancero; son orales, y son también tradicionales.

Lo que sí se pone siempre de manifiesto en estos nuevos romances es el cambio de gusto: ha cambiado, como bien nos comentara a todos los miembros del grupo de investigación y así dejara expreso expresara T. Fuentes, el buen gusto, el paisaje y las gentes, los vestidos y el aire limpio que parece correr por los romances antiguos, las fuentes frías y claras, los castillos, las armas, las calles y la torre desde la que se lamentara Delgadina. En vez de en “los altos miradores”, la violación de Tamar es ahora concebida en un automóvil, como puede verse en la versión de este romance correspondiente al pueblo de Montejícar:

*Rey moro tenía un hijo
que Paquito se llamaba,
un día en el automóvil
se enamoró de su hermana.
Viendo que no podía ser
cayó malito en la cama.
Subió el padre a visitarlo:*

-Hijo mío, ¿qué te pasa?
 -Me ha dado una calentura,
 que me ha traspasado el alma.
 -¿Quieres que te mate un ave
 de esas que vuelan en casa?
 -Padre, si usted me la mata,
 que me la suba mi hermana.
 Como era en verano
 subió en enaguïitas blancas,
 la cogió de medio cuerpo
 y la echó sobre la cama,
 le hizo to lo que quiso
 hasta escupirle en la cara.
 Cuando iba para abajo
 esta maldición le echaba:
 -Permita el Rey de los Cielos
 que quedes embarazada.
 Un día estando en la mesa
 su padre la remiraba:
 -Padre, ¿qué me miras tanto?
 -Hija, no te miro nada,
 que se te sube la ropa
 como a una recién casada.
 Y al cabo de nueve meses,
 un niño como la grana.
 -¿Cómo le van a poner?
 -Hijo de hermano y hermana.

Las pasiones, los sentimientos primarios, permanecen pues en el nuevo romancero como ocurre en el más tradicional. Ahora parece que todo es más feo y más plebeyo, pero esto pasa no sólo con el romancero sino también con la lírica popular a partir del siglo XVIII, pues exceptuadas ciertas letras para el cante jondo, una gran parte de las coplas populares (sin negarle su plenitud de gracia, ironía y agudeza) están faltas de esa pureza poética que nos evocan las viejas cancioncillas, incluso cuando expresan los más desvergonzados decires o sentimientos.

Es decir, que, al entender de este grupo de investigación, lo que ha cambiado es el pueblo que, al marchar del campo a los suburbios de las grandes ciudades, ha sido arrancado de una cultura milenaria que transmitía como un regalo mágico sus bailes, sus cantos, sus juegos y sus ritos. Pero los que quedaron en el pueblo, pocos o muchos, han sido capaces de seguir cantando en metro de romance y con los rasgos propios de la tradición, manteniendo de esta forma, todo lo empobrecida que se quiera, una tradición española. Lo que nos lleva a negar que el romancero haya muerto, y a afirmar, por el contrario, que se conserva en la memoria de las gentes formando parte de su patrimonio cultural.

El contenido de muchos de los romances populares dimana de una amplia variedad de asuntos que tratan desde lo erótico hasta lo mórbido, desde lo real hasta lo imaginario, desde lo profundo a lo ridículo, jocosos o lúdicos, y esta variedad temática se corresponde igualmente con una profusa diversidad de estilos, o formas de expresión, ritmos y tonos diferentes. De esta fuerte y extraordinaria riqueza parte el empeño de regeneracionistas y pensadores comprometidos con la educación por conservar, imitar

y fomentar la literatura del pueblo, conscientes del valor intrínseco del folclore literario y de sus imponderables beneficios sobre la instrucción pedagógica.

Las formas expresivas del folclore literario popular introducen al niño en la literatura de un modo que le es propio, pues el niño es el receptor idóneo del caudal sensorial de estas composiciones. Los programas de literatura, pues, han de cultivar la lectura y recitación de estos textos de sabor popular porque influyen poderosamente sobre la formación de las personas (niños, jóvenes y adultos), sobre su formación literaria y, en última instancia, sobre su formación cultural y su educación integral.